RITO DE CONCLUSIÓN DE LA EUCARISTÍA[1]

1. Los Ritos de Conclusión en las dos formas de la Misa de Rito Romano

Los Ritos de Conclusión de la Santa Misa tienen lugar, una vez terminada la oración después de la Comunión. Para la forma ordinaria (o de Pablo VI), la *Institutio Generalis Missalis Romani* (Instrucción General del Misal Romano) (IGMR) en el n. 90 se expresa en estos términos:

"Al rito de conclusión pertenecen:

a) Breves avisos, si fuere necesario.

b) El saludo y la bendición del sacerdote, que en algunos días y ocasiones se enriquece y se expresa con la oración sobre el pueblo o con otra fórmula más solemne.

c) La despedida del pueblo, por parte del diácono o del sacerdote, para que cada uno regrese a su bien obrar, alabando y bendiciendo a Dios.

d) El beso del altar por parte del sacerdote y del diácono y después la inclinación profunda al altar de parte del sacerdote, del diácono y de los demás ministros".

2. Las dos columnas que sostienen los Ritos de Conclusión: bendición y despedida

Las dos columnas que sostienen los Ritos de Conclusión de la Misa son la bendición y la despedida. En la Sagrada Escritura, la palabra "bendecir/bendición" tiene un significado muy amplio. En el hebreo del Antiguo Testamento, la raíz brk indica la fortuna de aquellos hombres a los que todo les sale bien, pero indica también la fecundidad, la abundancia, la riqueza e incluso la humedad de las nubes (¡verdadera y auténtica riqueza y bendición en el desierto!). Además de estos significados, brk se usa en el sentido verbal de "hacer homenaje", "alabar", "glorificar", "expresar reconocimiento" y también "hablar bien de alguien". Finalmente, así como en Israel

[1] Oficina para las Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice (http://www.vatican.va/news_services/liturgy/details/ns_lit_doc_20100422_sac-riti-conclusione_sp.html)

cualquier saludo era un augurio de bendición, brk significa también sencillamente "saludar". El significado más cercano a nuestra forma de entender la "bendición", se encuentra expresada en los textos que tratan sobre augurios de bendición de los padres a los hijos, o de los sacerdotes a los participantes en el culto, o también respecto a las promesas hechas por Dios a favor de los hombres. Se encuentran también fórmulas litúrgicas fijas, por ejemplo Nm 6,23-26.

Entre los diversos personajes que en el Antiguo Testamento bendicen, están también los sacerdotes que bendicen a las personas que acuden al templo (cf. 1Sam 2,20), los peregrinos (cf. Sal 118,26) además d al pueblo reunido (cf. Lv 9,22). Es más, se dice que, estrictamente hablando, JHWH ha designado sólo a los sacerdotes y los levitas para bendecir en su nombre (cf. Dt 21,5; 10,8).

En el tiempo de Jesús, en el templo de Jerusalén, los sacerdotes, al realizar la liturgia matinal, pronunciaban la "bendición de Aarón", es decir, el ya citado Nm 6,23-26. El Nuevo Testamento hace propios los usos y las concepciones de la bendición veterotestamentaria y judía. La Carta a los Hebreos recuerda la bendición de Melquisedec a Abraham y la de Isaac a Jacob (cf. Hb 7,1; 11,20). Según san Pablo, la bendición divina a Abraham llega también a aquellos que no son de su descendencia por vía carnal: pero es necesaria la fe (cf. Ga 3,8-9). Es también interesante otra anotación en Hebreos que, partiendo de la bendición de Melquisedec, observa que "es incuestionable que el inferior recibe la bendición del superior" (Hb 7,7): por tanto, quien bendice ha sido constituido por Dios en una posición superior respecto a aquel que es bendecido. Jesús mismo bendice mediante la imposición de las manos: los niños (cf. Mc 10,16) y los discípulos (cf. Lc 24,50). Releyendo la vida de Jesús tras la resurrección san Pedro dirá que Dios ha enviado al Hijo a bendecirnos (cf. Hch 3,26) y san Pablo precisará que se trata de una eulogía pneumatiké, una bendición espiritual (Ef 1,3). El cristiano está llamado a imitar a Cristo y a bendecir siempre: "Bendecid a los que os maldigan" (Lc 6,28; cf. Rm 12,14).

De estos elementos bíblicos desciende el uso litúrgico cristiano de bendecir, que tiene el significado de "pedir a Dios sus dones sobre sus criaturas, y darle gracias por los dones ya recibidos". Prosper Guéranger sostuvo que la bendición debe remontarse de algún modo a las instituciones litúrgicas dictadas por los mismos apóstoles (13). A nivel ritual, ésta se realiza con la imposición de las manos sobre las personas o también

sobre las asambleas, extendiendo los brazos y dirigiendo las palmas de las manos hacia los presentes. El signo cristiano de bendición por excelencia es sin embargo el signo de la cruz, y por ello justamente el Rito Romano hace comenzar y concluir la Eucaristía con este signo.

"'Serás una bendición', había dicho Dios a Abraham al principio de la historia de la salvación (Gen 12,2). En Cristo, hijo de Abraham, esta palabra se realiza plenamente. Él es bendición para toda la creación y para todos los hombres. La cruz, que es su signo en el cielo y sobre la tierra, debía por tanto convertirse en el verdadero gesto de bendición de los cristianos".

Al término de la Misa, la bendición puede llevarse a cabo de distintas formas: como bendición sencilla, como triple bendición solemne, o como oración de bendición sobre el pueblo.

El sacerdote celebrante debe tener presente el papel de mediador que él lleva a cabo también al impartir la bendición final de la Misa, que no sólo es un acto debido, o una manera como otra cualquiera para concluir la celebración. En la bendición final (como en toda la Misa) se entrecruzan dos dinámicas: una desde abajo, por la que el hombre da gracias a Dios, "dice-bien" de Dios por los dones ya recibidos, y otra desde lo alto, por la que Dios mismo derrama sus bienes sobre los fieles. El sacerdote está precisamente en el centro de este flujo de oración y de gracia.

De la naturaleza teológica de la bendición conclusiva, deriva también el carácter propio del saludo. Tampoco aquí se trata sencillamente de un saludo de cortesía a los presentes, sino a explicitación de un misterio de gracia. Benedicto XVI nos recuerda que en el saludo Ite, missa est, "se nos permite captar la relación entre la Misa celebrada y la misión cristiana en el mundo. En la antigüedad missa significaba sencillamente 'dimisión'. Con todo, ha encontrado en el uso cristiano un significado cada vez más profundo. La expresión 'dimisión', en realidad, se transforma en 'misión'. Este saludo expresa resumidamente la naturaleza misionera de la Iglesia. Por tanto, es bueno ayudar al pueblo de Dios a profundizar esta dimensión constitutiva de la vida eclesial, partiendo desde la liturgia".

3. Conclusiones y perspectivas

El sacerdote en los Ritos de Conclusión de la Santa Misa está aún llevando a cabo una tarea sacerdotal, es decir, de mediación entre Dios y el pueblo fiel. No se trata sólo de saludarse y de darse cita para la próxima vez, recordando quizás los compromisos durante la semana. El sacerdote aquí invoca sobre el pueblo la bendición divina, mientras que en nombre del pueblo agradece a Dios los dones ya recibidos por su bondad. También aquí él actúa in persona Christi. Por ello, no dice en plural "nos bendiga Dios omnipotente...", ni "la Misa ha terminado, vayamos en paz". Él habla en nombre de la Persona de Cristo y como ministro de la Iglesia, por ello imparte la bendición, mientras la invoca, y envía a los fieles a la misión cotidiana de la vida: "os bendiga Dios"... "Id en paz". A través de él, Cristo y la Iglesia encargan a los bautizados este testimonio cotidiano que dar del Evangelio.